

*Poemas*



## Antonio JIMÉNEZ MILLÁN

Antonio Jiménez Millán (Granada, 1954) es profesor titular de Literaturas Románicas en la Universidad de Málaga. Una selección de sus primeros libros de poemas se encuentra en *La mirada infiel. Antología 1975-1985* (Granada, Maillot Amarillo, 1987, 2ª ed. ampliada, 2000). Con *Ventanas sobre el bosque* (Madrid, Visor, 1987) obtuvo el premio internacional de poesía *Rey Juan Carlos I*. Posteriormente ha publicado *Casa invadida* (Madrid, Hiperión, 1995) y ha obtenido el premio internacional de poesía “Ciudad de Melilla” (2002) con el libro *Inventario del desorden* (Madrid, Visor, 2003).

Es autor de los ensayos *Los poemas de Picasso* (1983), *La poesía de Rafael Alberti* (1984), *Vanguardia e ideología* (1984), *Poesía catalana contemporánea* (1993), *Entre dos siglos. Estudios de literatura comparada* (1995), *Poesía gallega contemporánea* (1996, en colaboración con Luciano Rodríguez), *Madrid, fin de siglo. Modernismo, bohemia y paisaje urbano* (1998), *Promesa y desolación. El compromiso en los escritores de la generación del 27* (2001), *Amor y tiempo. La poesía de Joan Margarit* (2005), *Poesía hispánica peninsular (1980-2005)* (2006).

Ha realizado ediciones críticas de la de la novela de Louis Aragon *Aniceto o el panorama* (Madrid, Cátedra, 1989), de la obra literaria de Pablo Picasso (*Poemas y declaraciones*, Málaga, 1990) y del libro de Luis Cernuda *Donde habite el olvido* (Madrid/ Málaga, Residencia de Estudiantes/ Centro Cultural de la Generación del 27, 2003). Coordinó los números monográficos de *Litoral Jaime Gil de Biedma. El juego de hacer versos* (en colaboración con Luis García Montero y Álvaro Salvador, 1986), *Luis García Montero. Complicidades* (1998) y *José Manuel Caballero Bonald. Navegante solitario* (2006). Fue profesor invitado en las universidades de Rennes y Aix-en-Provence.



**CASA INVADIDA**

A Pere Rovira y Celina Alegre

Donde se encuentra el alba con las dudas,  
allí su itinerario.

Las horas dejan  
un recuerdo de luz desorientada  
y voces remontando la escalera  
y gente que revisa su equipaje,  
como un azar previsto.

Una casa invadida les acoge:  
para ellos,  
más allá del sueño y el frío,  
son esas bebidas raras, la música  
muy lenta sucediéndose hacia cuartos  
en penumbra, hacia islas de asombro.  
Puede que exista un sol para noctámbulos.

Ahora,  
sueña que vuelve a la ciudad sin nadie.  
Cruza las avenidas y le asalta  
la misma sensación de tiempo irrepetible,  
advierte un brillo tenue en las fachadas,  
dos sombras que se pierden,  
dos ciudades, lejos.

\* \* \* \* \*

**EL OTRO LABERINTO (J. L. B.)**

A Luis García Montero

No hablaba usted de ofensas y venganzas  
que conmovieron muros de ciudades antiguas,  
ni de sagas perdidas en los siglos,  
sino de un país, el suyo, tan próximo y cruel  
como un gobierno infame.

Recuerdo su ironía  
al presentarnos –“Yo no soy joven, y no sé  
si alguna vez he sido poeta”-, nuestro miedo  
también. ¿Qué podíamos decirle entonces,  
si en una sola frase desplegaba  
esa mitología personal  
que usted fundó y a veces convertían  
en voz extravagante, en anécdota y humo?  
La habitación discreta,  
el rostro del general San Martín  
detrás de su figura casi inmóvil...  
Desde la noche de otro continente  
cuyas ruinas ya estaban en sus libros  
le recuerdo ahora, cuando ya no soy joven  
y sé que tuvo usted mucha paciencia  
llenando ese silencio que nosotros  
no éramos capaces de romper;  
su memoria nos trajo el nombre de Al-Andalus,  
las novelas de Cansinos-Asséns, los años  
en que algunos poetas de vanguardia  
tenían secretarios que dictaban

imágenes audaces.

Al salir,

la gente discutía de política. Pensábamos  
en un tiempo cercano al de sus fábulas,  
el otro laberinto: hay una casa que nunca volveré a pisar,  
una mirada vacía que no tendré delante.

Quedaba solamente

aquel frío de julio en Buenos Aires.

(*Casa invadida*, 1995)

\* \* \* \* \*

## CABO DE GATA

(*In memoriam* Javier Egea)

A Joan Margarit

Fue éste su paisaje.  
Desde el acantilado,  
las rocas de color cárdeno oscuro  
descienden hacia el mar  
y vuelan las gaviotas sobre el faro  
dejando atrás las barcas en la orilla,  
las redes en la arena  
batida por el viento de levante.

Al aire del desierto,  
a la tierra quemada de las minas  
distantes como emblemas del exilio  
le llevaba un camino que atraviesa

dunas, cauces, vaguadas,  
la roja sequedad de un mundo a solas.  
El ágave y la yuca  
habían resistido al temporal,  
las aguas transparentes  
encerraban los bosques sumergidos,  
las ágatas al fondo,  
los últimos vestigios de una luz  
acostumbrada a restos de naufragios.

Fue éste su paisaje en otro tiempo,  
éstos fueron los símbolos  
que quiso compartir bajo la estela  
del sol del mediodía,  
un sol que a veces hierde  
como la culpa o el resentimiento,  
como una despedida.

Él siempre hablaba de la soledad.

Desde el acantilado veo ahora  
unas casas en ruinas,  
una vela rasgada  
y un retorno imposible.

La yerta soledad de las torres vigía.

\* \* \* \* \*

**CLANDESTINIDAD**

Le salvará el recuerdo de las noches vividas  
con la apremiante sensación del límite  
y de aquellas mañanas aún más clandestinas,  
porque la luz refrenda la intensidad y el miedo.

Un encuentro casual, un roce leve  
le devuelven a un mundo  
convertido en despojos por el tiempo.

Y piensa que no es sólo la inmediatez de un cuerpo,  
no esa sólo la invención de una leyenda  
que le mantuvo en vilo durante muchos años,  
sino el anclaje oscuro del deseo  
sobre un fondo de ruinas,  
el indeleble rastro del desorden.

No hay nada más profundo que la piel,  
decía Nietzsche.

Eso le salva.

*(Inédito en libro)*

\* \* \* \* \*

**EL TÚNEL****(1977)**

“...blanco caballo con la sien de nieve”

Fernando Merlo

Sólo una luz velada,  
un claroscuro,  
con la voz seca de Lou Reed al fondo.

No, nunca vuelvas a la habitación,  
no quiero que recuerdes el final,  
las agujas,  
la sangre envenenada.

Allí, en la penumbra,  
hay un mar que se toma al abordaje,  
hay un gesto indolente y una orilla  
que muy pocos alcanzan,  
una pared al filo del insomnio,  
gente cansada de seguir las normas.

Hubo otra forma de encender los sueños  
para que ardiera un triste país anestesiado,  
y se acabara el tiempo de los asesinos.

Allí, en esa galería  
con las paredes pintadas de negro,  
la muerte estaba fuera de lugar.  
Allí el silencio tuvo claridad de ámbar,  
allí guardaba el frío su memoria perdida.

Noches color de absenta,  
calles vacías en las altas horas.  
Hay pasos que adentran en tierra de nadie,  
hay siempre una razón para olvidar el día  
y entregarse a esa luna de fiebre y marihuana  
que ilumina en secreto las ciudades  
más allá de la niebla y de las máscaras,  
más allá de las órdenes.

Se dijeron entonces:

no, nunca más el miedo.

Antes la incertidumbre,  
antes la rabia de los insumisos  
que aquella oscuridad de cicatrices,  
puertas cerradas y ventanas ciegas,  
gente de luto,  
imágenes sin rostro,  
banderas que sostienen espejismos.

¿Queda en el aire un ruido de cristales rotos,  
sirenas de ambulancias a lo lejos,  
un cerco de miradas y un dolor invisible,  
blanco caballo con la sien de nieve?

Ahora no,  
no quiero que recuerdes el final:  
sólo una luz velada,  
un claroscuro,  
una voz que nos habla desde el lado salvaje.  
Ven a la plaza y mira  
el cielo despejado entre los árboles,

la piedra hendida de los bancos sucios  
donde veíamos amanecer.

*(Inédito en libro)*

\* \* \* \* \*

### **EL PASAJERO**

Viejos puentes de hierro entre colinas ocre, túneles cuya entrada apenas cierran unas tablas mohosas. De la línea abandonada no quedan ya ni los raíles: sólo un sendero impreciso bordea el terraplén y algunas señales van dejando una advertencia inútil. Quién recuerda ese trayecto, esa breve distancia recorrida con lentitud de carruaje, los intervalos de oscuridad, el reflejo del sol en el agua, las casas blancas cerca de la orilla. Quién esperaba en andenes ya definitivamente vacíos, quién se despidió en madrugadas de invierno sobre un fondo de vagones de madera y hollín y caras ateridas. El tiempo es aquí una vía muerta, una estación cerrada y unas flores que crecen en las grietas del suelo, muy cerca del asfalto y del humo, en la neutra superficie del olvido.

*(Inventario del desorden, 2003)*

\* \* \* \* \*

## Francisco RUIZ NOGUERA

Francisco Ruiz Noguera (Frigiliana, Málaga, 1951). Profesor titular de Lingüística Aplicada en la Universidad de Málaga. Fundador y director de las revistas *El Laberinto de Zinc* y *Robador de Europa*. Sus cinco primeros libros (*Campo de pluma*, *La manzana de Tántalo*, *La luz grabada*, *Simulacro de fuego*, *Arte de restaurar*) están recogidos en *Campo de pluma (Poesía reunida)*, ed. y estudio de A. García Berrio, Málaga, Ciudad del Paraíso, 1997; con posterioridad ha publicado *El año de los ceros*, Madrid, Visor, 2002; *El oro de los sueños*, Madrid, Hiperión, 2002; *Memoria (Antología)*, Málaga, Monosabio, 2004; *Materia griega*, Córdoba, Cuadernos de Sandua, 2005; *Arquitectura efímera*, Madrid, Visor, 2008. Ha obtenido la Beca a la Creación Literaria del Ministerio de Cultura y los Premios de Poesía Ricardo Molina, Antonio Machado y Vicente Núñez; en 2003 fue finalista del Premio Nacional de Poesía. Sus poemas aparecen en diversas antologías de poesía española y han sido traducidos al inglés, francés, alemán, italiano, griego y portugués. Ha publicado trabajos sobre poesía contemporánea y poesía medieval española, entre ellos: *Antología de la poesía española contemporánea*, Ottawa/New York, Legas, 1991; *Antología de la poesía medieval española*, Málaga, Ágora, 1995; *La poesía visual*, Málaga, Fundación Picasso, 1998; *Frontera Sur (Antología de jóvenes poetas malagueños)*, Málaga, Puerta del Mar, 2007; y ediciones y estudios de la obra de Juan de Mena, Estébanez Calderón, Domenchina, Cernuda, Altolaguirre, Muñoz Rojas, García Baena, Alfonso Canales, Manuel Alcántara, Elena Martín Vivaldi, Vicente Núñez, María Victoria Atencia, Pérez Estrada, José Infante.



## LA MANZANA DE TÁNTALO

*Manzanas son de Tántalo, y no rosas,  
que después huyen del que incitan ahora*

Góngora

De pronto se detiene la mirada  
en la mano que alarga generosa  
la ofrenda llamativa de su fruto.

Y otra mano, tendida en su impaciencia,  
requiere la manzana de un convite  
vedado para el ansia de aquel labio.

También pende el recuerdo ante los ojos,  
como fruto dorado entre la niebla  
de las horas, despliega su artificio.

Y así yo, como Tántalo, esperando,  
en la huida constante de los días,  
conformar la memoria de otro tiempo.

\* \* \* \* \*

## EL EXTRANJERO

Suele ser en verano cuando cruzan las calles:  
en sus cuerpos, tan claros, la proclama  
de una piel con costumbre de otros soles,  
y la estela de un norte humedecido  
brillando en la mirada de unos ojos  
listos para el asombro ante lo nuevo.

¿Qué buscan, aplastados por el sopor de agosto,  
sino atrapar en la fotografía  
lo que ya para mí es luz antigua?

Pero otra luz allá y otros rincones  
serán el almacén de la memoria  
de su vivir diario y su pasado;  
y todo aquello espera, en otras calles,  
que una mirada extraña  
redescubra su ser puro y desnudo,  
desprovisto del lastre de los días,  
sin la pátina falsa del recuerdo.

Yo, entonces, extranjero en otra tierra,  
queriendo despertar en cada muro  
las huellas olvidadas de otras vidas.

\* \* \* \* \*

## **GOYA**

(EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MONSTRUOS)

Huye de las celadas de la mente.  
Ay de aquel que perdido en laberintos  
da su aliento a caducas reflexiones  
y pábulo a los monstruos engendrados  
por sueños de razón.  
Mata el empeño ciego por indagar la sombra,  
o ver ascua de nieve en medio de la noche.  
Bástete con la muda presencia de lo oscuro  
velando tu mirada.

Por lo demás, qué importa  
si es la vida quien cruza los umbrales del tiempo  
o está inmóvil la vida y el tiempo la traspasa.

La luz de amanecida, que ignora estos asuntos,  
no olvida, en cambio, su costumbre, y filtra  
su viva impertinencia por entre la persiana.

Así, el tiempo y la vida, de la mano  
— con desprecio por todos tus terrores —,  
se aprestan a ofrecer un nuevo día:  
otro umbral u otra espada entre la niebla.

\* \* \* \* \*

## **MEDIODÍA**

Contiene, al mediodía, la terraza  
todos los ingredientes de la vida:  
la claridad radiante  
del azul sobre el campo,  
el seto de arrayán en los jardines,  
los macizos de flores, y este encaje  
de sombras que procura la enramada.

Para que nada escape a este momento,  
también — con el sigilo de costumbre —  
el viso de la muerte  
en el aroma dulce  
de unas mondas de fruta sobre el plato.

\* \* \* \* \*

**LA BUSCA***J. A. M-R.*

Miro cada detalle de este espacio:  
el granado cercado por zarzales,  
el lugar donde el pozo  
no es más que una maraña  
de juncos y de espinos,  
la maleza que oculta la vereda,  
los muros derruidos de la casa.  
Intento levantar sobre esta imagen  
—*como raíz al agua,*  
*en busca de su esencia*—  
la que vive, distinta, en la memoria.

Pero cada reclamo  
es como una pavesa  
que voló incontrolada y se detuvo  
sobre un papel en blanco  
y allí dejó su huella,  
que, perdiendo la fuerza de su fuego,  
esconde bajo el gris de la ceniza  
sólo una mancha fría: un capricho tostado,  
un breve cerco sepia, ya sin vida.

\* \* \* \* \*

**EQUIPAJE***A. C.*

Para el camino, toma  
la claridad sin mancha  
de las luces primeras,  
la memoria del agua y el asombro  
de vislumbrar el mar  
—en junio y mediodía—  
entre el bosque de lanzas  
de los cañaverales.

Toma el recuerdo vivo  
de la mano y del tacto  
de la caricia aquella  
que descubrió el secreto  
del laberinto en gozo de tu cuerpo.

No dejes de tomar  
la sencillez de un mundo  
habitado del juego interminable  
de las tardes de mayo,  
del olor de melaza en primavera  
y la acidez del aire  
denso por los lagares de septiembre.

Y toma la sorpresa  
de rastrear los pasos de la vida:  
el rumor de la lluvia,  
el miedo de lo oscuro,  
el modesto esplendor de una liturgia

de canto y vestiduras recamadas,  
la transparencia frágil  
de un tiempo que contiene  
los cimientos del hoy.

Señas de identidad,  
parte del equipaje  
que nunca te abandona,  
porque sabes muy bien que no es posible  
querer *pintar del todo*  
*el rostro del olvido.*

\* \* \* \* \*

## EL AÑO DE LOS CEROS / 2

¿Borrón y cuenta nueva?  
La perfección redonda  
del año de los ceros  
no es más que un espejismo  
que se esfuma en las sombras de la tarde.

Como todos los años  
— sólo un juego de cifras—,  
empieza cada día  
el año de los ceros:  
no es más que el territorio  
donde escribir tu historia:

la tuya, irrepetible,  
esa en que la memoria — suma y sigue—

va dibujando el trazo de una vida  
titulada Francisco Ruiz Noguera  
(que cada lector ponga su nombre en este verso).

\* \* \* \* \*

## PUZZLE

Intenta rescatar  
la historia de un fragmento  
cualquiera de tu vida.

Intenta, por ejemplo,  
componer, como un puzzle,  
los días de un verano  
que creíste dichoso.

Una pieza:  
la luz del mediodía  
brillando en la terraza.

Otra más:  
el mar y sus destellos  
sobre la piel rosada de los hombros.

Puede que sigan vivos  
el recuerdo del tacto  
de un cuerpo que creíste *para siempre*,  
la oscura claridad de una mirada,  
el perfil de unos labios.

Con tan breve equipaje  
trabaja la memoria,  
maestra en levantar  
— a base de un desorden de retazos —  
un retablo de humo  
sobre el fondo de sombras  
que dominan las piezas del olvido.

\* \* \* \* \*